

ROISASTRE SER MILLENNIAL (y otras mierdas)



Ser millennial *(y otras mierdas)*

ROI SASTRE

m̄r

© Roi Sastre, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.mrediciones.es

www.planetadelibros.com

Imagen de cubierta: © Hara Amorós Caballero, 2020

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Diseño de interiores: María Pitironte

Primera edición: febrero de 2020

ISBN: 978-84-270-4691-7

Depósito legal: B. 962-2020

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Unigraf, S. L.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Índice

{ 13 } Requisitos para leer este libro

COSAS DE LA VIDA

{ 17 } Me gusta demasiado comer

{ 22 } Odio madrugar

{ 25 } Soy más vago que una iguana anestesiada

{ 28 } Nunca sé qué ponerme

{ 32 } Cupido me odia

{ 36 } WhatsApp

{ 40 } La batería

{ 42 } Dormir o no dormir

{ 45 } ¿Qué es la vida?

{ 48 } Más raro que un perro verde

COSAS DE AMIGOS

{ 53 } Todos tenemos un amigo borde

{ 56 } Todos tenemos un amigo rata

{ 59 } Todos tenemos un amigo tonto

{ 62 } Todos tenemos un amigo borracho

{ 66 } Todos tenemos un amigo dramático

{ 68 } Todos tenemos un amigo romántico

{ 71 } Todos tenemos un amigo quejica

- {74} Todos tenemos un amigo cotilla
- {77} Todos tenemos un amigo psicólogo
- {80} Todos tenemos un amigo guerrero

COSAS DE CLASE

- {85} Los profesores: el enemigo
- {88} Los deberes inacabables
- {91} Tengo más exámenes que abanicos la Pantoja
- {93} Lo que no me servirá de una mierda
- {96} ¿Suspender y sufrir o sufrir y aprobar?
- {99} El análisis sintáctico
- {103} No soporto a mis compañeros
- {106} Me tienen manía
- {109} Mi cárcel diaria
- {112} Mi cabeza no carbura

COSAS DE PADRES

- {117} Interrogatorio por crimen
- {122} Cosas de mamá
- {127} Frases de padres y qué significan
- {131} Os quiero (a tres metros)
- {134} Siempre serás un niño
- {136} Poderes para encontrar cosas
- {139} Nos leen la mente
- {142} No me entienden. Debo de hablar otro idioma

- {146} Ordenar mi habitación
{151} Cómo negociar con papá y mamá

COSAS DE VIVIR

- {159} Porque yo lo valgo
{161} Los latidos de la razón
{164} Lo que me salga del c*ño
{166} Yo soy así y así seguiré
{168} Si no te gusta, adiós
{171} Agárrate fuerte
{174} Saca la diva a pasear
{177} *Pa fuera lo malo*
{180} A por ellos
{183} Has llegado hasta aquí

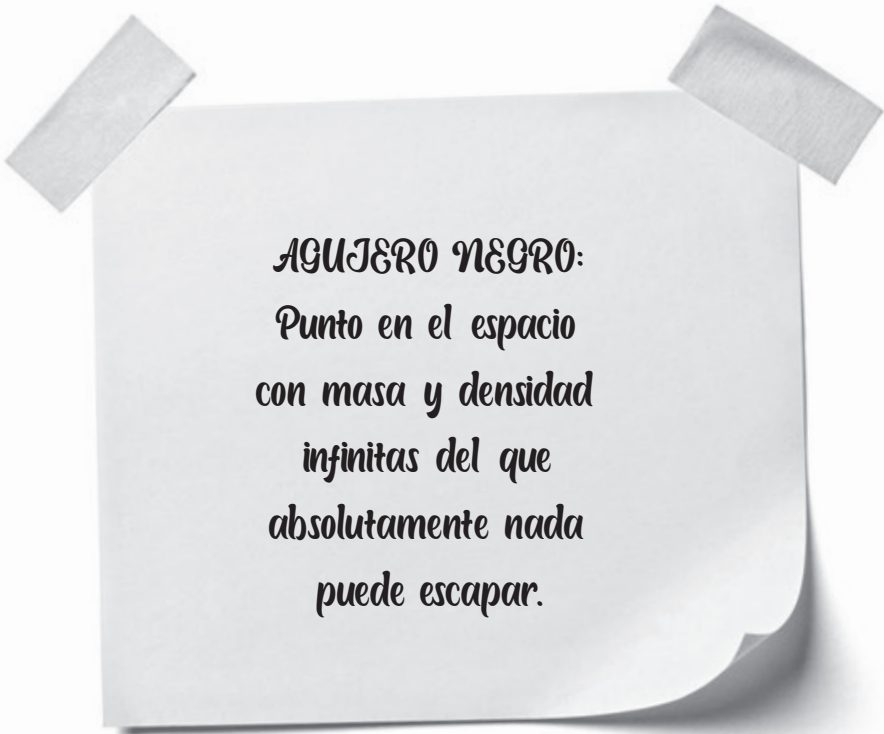
**COSAS DE
LA VIDA**

Me gusta demasiado comer

Es uno de mis mayores problemas. Un problema que me encanta y, a su vez, eso desencadena un drama constante en mí y sin remedio ninguno. Bueno sí, ponerme a entrenar como si fuese a competir en las Olimpiadas porque me siento peor que un asesino en serie de gatitos bebé mirando las fotos de sus crímenes.

Comer es un placer para mí. Bueno, para mí y para el ochenta por ciento de la población de este santísimo mundo (si es que tienes la suerte y el privilegio de poder disfrutarlo, ya que, por desgracia, recordemos que hay muchas personas en este mundo que no tienen nada que llevarse a la boca). Luego están esas personas, si es que se las puede llamar así, a las que esto (comer) no les gusta. Esos despojos humanos deberían ser condenados al fuego eterno por despreciar uno de los placeres más grandes de esta vida. Tan y tan grande es, que tiene hasta su propio pecado capital: la gula. Pecado del que yo soy eterno culpable y por lo que debería estar confesándome a diario, haciendo procesiones de rodillas y fustigándome con un látigo por pecador compulsivo.

Tengo hambre a todas horas. Soy como un agujero negro.



AGUJERO NEGRO:
Punto en el espacio
con masa y densidad
infinitas del que
absolutamente nada
puede escapar.

Vamos, lo mismo que mi estómago. Un puñetero pozo sin fondo que nunca se llena y que puede engullir todo lo que le dé y más, pero, a diferencia de los agujeros negros, que no se sabe a dónde va a parar la materia que entra en ellos, yo sí sé dónde va a parar la materia que entra en mi estómago y en qué se convierte... Se va a mis piernas, a mi culo, a mi barriga, a mis cartucheras y a mi papada. Tal es la velocidad a la que se va a esos sitios que, si sigo por este camino, en breve cuando me vean por la calle no van a saber si soy yo o si soy un anuncio andante de Michelin.

Y se convierte en grasa. Sí, grasa. Esa sustancia que crea tu cuerpo y que desde el momento en que aparece en tu vida te va a querer y va a quedarse contigo para siempre aunque tú no la correspondas. Y lo peor de todo es que no puedes denunciarla por acoso y que le pongan una orden de alejamiento para no verla más. Te jodes y te aguantas.

Y, claro, ahora me dirás: «¡Pues come cosas saludables y que no engorden!». A ver, alma de cántaro, por no llamarte algo bastante más despectivo... ¿Tú has visto a alguien disfrutando mientras se come un plato de acelgas? ¿Has conocido a alguien en esta santa vida a quien le vuelva loco comerse un plato de brócoli al vapor? ¿Conoces a alguna persona que sea realmente feliz siguiendo una dieta basada en comer verduras y otras cosas parecidas al alpiste para conejos? Si la respuesta es sí, hazle un favor y mátalos. Ese ser está sufriendo. No es feliz, te lo aseguro. Por lo contrario, si la respuesta es no, entonces ya te estás respondiendo tú mismo a la pregunta que me harías anteriormente, por lo que no hace falta que te la responda yo. Puedes tú solito/a, cariño.

Aquí es donde empieza mi dilema...

A mí me encanta comer. Me apasiona. Me vuelve loco. A todas horas. De hecho, ahora mismo, mientras escribo esto sentado sobre mi cama, estoy comiendo palitos de pan mojados en salsa de queso para nachos. Y me encanta comer de todo. Bueno, no, de todo no, las cosas con buen sabor. Ya hemos aclarado que las cosas sanas saben a suela de zapatilla chupada. Me encanta comer cosas con sustancia: pastas con sus maravillosas salsas, las pizzas, las hamburguesas, las patatas fritas, croquetas, *nuggets*, entrecots, frankfurts... Todo lo «malo». Lo prohibido. Todo lo que engorda, vamos. Mi madre siempre me dijo que los aceites y las grasas son lo que da sabor a las cosas y es verdad. Cuanto más grasiento y refrito, más delicioso está. (Tendríaís que verme ahora mismo escribiendo esto con la cara de Homer Simpson mirando al cielo, con la boca abierta y cayéndoseme la baba de tanto pensar en delicias para el paladar).

El problema está en que yo tengo un pequeño, diminuto y casi imperceptible complejo con engordar. Digamos que no me gusta mucho. Vamos, casi nada, eh. Apenas se me nota que no me agrada esa idea y que me atrae levemente más la idea de mantener un cuerpo

bonito que mostrar en la playa... Abuff... ¿A quién pretendes engañar, Roi? Porque no se la cueles ni a una persona que te acaba de conocer y está leyendo esto sin saber ni qué jeto tienes.

¡Vivo obsesionado con eso! ¡Ese es mi dilema! Que me encanta tragar de todo como si fuese un animal rumiante, pero luego me fustigo y me lamento porque, a no ser que me ponga a hacer ejercicio como si fuese a entrenar para la maratón de Nueva York y así quemarlo, todo eso se va a convertir en un acúmulo de grasa suficiente como para que me aparezcan dos gibas de camello.

De verdad, os lo juro que necesito tres vidas para quemar todo lo que sería capaz de tragar si no pusiese algo de control en mi vida y contactos de descarga eléctrica en las asas de la nevera y del armario de la comida, para que me dé calambre cada vez que intento ir a saquearlas cual guerrero musulmán recién pasado el ramadán, como se lo hacen a los hámster de laboratorio para que aprendan lo que pueden y lo que no pueden hacer, ¿sabéis? Pero, a diferencia de ellos, yo no aprendo, y cada cinco minutos vuelvo a electrocutarme. Prácticamente ya no tengo huellas dactilares de lo quemadas que tengo ya las manos.

¿Por qué todo lo bueno engorda? ¿Por qué tanta tortura? A veces pienso que la vida es una broma de mal gusto en la que hemos venido a sufrir por cosas como esta. A ver, sabiendo lo que a la gente le gusta la pizza, las hamburguesas, las patatas fritas... ¿Tan difícil es hacer que todo eso no engorde y que las personas de a pie con el hambre de cuarenta y tres ballenas blancas juntas podamos ser felices engullendo todo y cuanto nos plazca como si fuésemos vacas en un pasto verde de los Alpes suizos? Parece ser que sí, oye. Que o es imposible o que, por algún motivo que no sabemos, eso está prohibido porque alteraría el mundo tal y como lo conocemos (ejem, la adicción humana a los azúcares, ejem, ejem, guiño, guiño, codo, codo y pisotón).

Y ahora es cuando vuelve a aparecer alguien que me dice... «Ya existen esas cosas que no engorden». Vale, que sí. Búscame tú ahora un beicon de esos que dicen que no engordan y que sepa a beicon y no a zurullo de cabra reseco de tres días pisoteado por todo el rebaño si eres tan chulo. Cuando lo encuentres, me llamas. Eso si no te ha pillado algún tipo de mafia u organización secreta conspiradora y te hacen desaparecer del mapa enviándote a la isla esa de los que saben demasiado. Sí, esa isla existe. Lo sé yo y lo sabemos todos. Y el día que se demuestre volveremos a decir eso de que los Simpson ya lo predijeron.

En resumen, y para ir cerrando esta parte de mí mismo, que si no quiero asemejarme a un manatí tomando el sol, o a un cachalote varado en una playa, debo vivir mi calvario y comer comida de canario, verduras hervidas y carnes blancas a la plancha con muy poco aceite. Tócate los huevos y baila flamenco, *pa* que después digan que ser feliz es muy fácil. ¡Y una mierda *pinchá* en un palo y *metía* en un bote! La felicidad sería poderme apretar tres pizzas de peperoni, una tras otra, doce *nuggets*, un plato de espaguetis a la carbonara y cuatro donuts rellenos de chocolate con cobertura fondant de postre sin el más mínimo remordimiento de que mi cuerpo haga bultos gelatinosos con ello repartidos a lo largo y ancho, sobre todo ancho, de mi preciosa y maravillosa anatomía. Eso sería la felicidad. Lo otro es un sacrificio aceptado. Porque somos masocas. No hay más.

Que te quede claro... ¡Todo lo bueno de esta vida o está prohibido socialmente o engorda!

**Roi se va a un rincón con una bolsa de Doritos y un tarro de helado de chocolate a llorar. Y a ponerse morado comiendo mierda. Sobre todo lo segundo.*